

9. FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD

Quienes escucharon la actuación pública de Pedro en Pentecostés preguntaban: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?” La respuesta fue: “Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2,37-38). El resultado fue sorprendente, pues “los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas” (Hechos 2,41). El grupo que se iba formando se distinguía del resto del judaísmo porque “perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hechos 2,42).

La insistencia del libro de los Hechos en el bautismo de agua llama la atención porque en el evangelio de Lucas el bautismo no recibe tal importancia e incluso falta la orden de ir a bautizar con una fórmula precisa, tal como aparece en el evangelio de Mateo 28,19. Alguien sacaría la impresión de que el bautismo en el nombre de Jesús fue una invención de la naciente comunidad cristiana. A diferencia del bautismo con agua, que Juan Bautista realizaba en el río Jordán, los discípulos serían “bautizados con Espíritu Santo” (Hechos 1,5).

Sin embargo, la referencia al bautismo como primer paso de iniciación para todos los cristianos se menciona como un dato incuestionable en muchos pasajes del Nuevo Testamento. “¿No sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?” (Romanos 6,3). Podemos retener que muy pronto un bautismo al estilo de Juan Bautista fue integrado en el ritual de iniciación cristiana como primer paso para el bautismo en el Espíritu.

La diferencia entre uno y otro bautismo está señalada en la necesidad de completar en Samaría el bautismo administrado “sólo en el nombre del Señor Jesús” (Hechos 8,16). San Pablo encontró en Éfeso un cierto grupo de discípulos, *τινας μαθητὰς*, que habían recibido sólo el bautismo de Juan y “ni siquiera habían oído hablar de un Espíritu Santo” (Hechos 19,1-7). Que el bautismo en el Espíritu no privó de valor al bautismo de agua lo demuestra el relato de la conversión del centurión Cornelio: “¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?” La cuestión, presentada como un caso de disciplina eclesíástica, la resuelve con autoridad Pedro cuando “mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo” (Hechos 10,47-48).

El bautismo cristiano se diferencia de ritos parecidos en la comunidad de Qumran, en la cual las inmersiones en las piscinas eran parte del ritual cotidiano. Y se diferencia también de prácticas baptistas como la de los mandeos de Irak, que pretenden una relación de origen con Juan Bautista. El término mandeo significa “bautizado”. La comunidad mandea ha disminuido notablemente por la persecución política de las últimas décadas en

tiempo de Saddam Hussein y en la actual confrontación religiosa en Irak. La diferencia con esas prácticas bautismales es que el bautismo se realizaba “en el nombre de Jesús”. La fórmula puede expresar que el bautismo proporcionaba una relación de cercanía e incluso de intimidad con Jesús similar a la que vivieron los discípulos durante la permanencia de Jesús en la tierra. Expresaba también la entrada en el círculo de los discípulos o seguidores de Jesús, al cual la persona bautizada unía para el futuro su propio destino. Por el bautismo “en el nombre de Jesús” los primeros cristianos comenzaron a cultivar una diferencia respecto de los judíos habitantes de Jerusalén y también respecto de los seguidores de otros grupos religiosos contemporáneos.

Esta diferencia se fijó mediante la fidelidad a la “enseñanza de los apóstoles”. Según los primeros esbozos de la catequesis apostólica conservados en el libro de los Hechos, los apóstoles englobaron la memoria de Jesús en una reinterpretación de algunos textos escogidos del Antiguo Testamento. De manera ejemplar el procedimiento se atribuye al mismo Jesús, que catequiza a los dos de Emaús explicándoles las Escrituras (Lucas 24,32). Aunque esta explicación-aplicación de las Escrituras comenzaba por Moisés y seguía por todos los profetas (Lucas 24,27), se prestó una atención particular a los Salmos, completando así el testimonio de la Escritura en su totalidad: “lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos” (Lucas 24,44). Ley, Profetas y Escritos (entre los que figuran los Salmos) son las tres partes que el judaísmo distingue en el Antiguo Testamento.

Los Salmos 22 y 69 ofrecieron un punto de partida para el relato de la Pasión. Es imaginable que la imagen del Siervo Paciente estuviera ya en la mente de Jesús previendo su pasión y posterior rehabilitación (Isaías 53), una idea expresada en el Salmo 118,22 y que sería central en la teología de la Resurrección: “la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”. En el Salmo 16,8-11 (“no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción”) se descubre un testimonio en favor del Resucitado. En varios lugares del Nuevo Testamento se alude a la exaltación de la dinastía davídica por medio de Jesucristo, que sería la respuesta al “dónde está la antigua misericordia” jurada a David (Salmo 89,50).

Se prestó importancia peculiar a la profecía de Joel 3,1-5, como anuncio de la efusión del Espíritu sobre todos los miembros de la comunidad. Lo indica la cita extraordinariamente larga en Hechos 2,17-21, incluyendo la frase final que da sentido concreto a la invocación del nombre del Señor.

El grupo cristiano se organizó como una “comunidad”, *κοινωνία* (Hechos 2,42), un término que aparece frecuentemente en las cartas de san Pablo para indicar la participación del Espíritu Santo y también la participación en la Cena eucarística. Aunque la nueva versión oficial de la Conferencia Episcopal Española (2011) traduce el término por “comunión”, en realidad en el libro de los Hechos se refiere a la consecuencia de tomar

parte en algo y designa por tanto a la comunidad que se formó al saberse los cristianos partícipes del mismo Espíritu y de la condición de hijos de Dios por el bautismo, unidos en la invocación de Dios como Padre, *Abba*. Esta invocación en la lengua propia de Jesús manifestaba la conciencia de un grupo que, a pesar de las diferencias y distancias de las varias comunidades, mantenía la conciencia de una unión fundamental, un “nosotros” que subrayaba la pertenencia a una misma comunidad.

La comunidad se hacía presente por la convivialidad, como rasgo típico cristiano frente a la selección excluyente de comensales que hasta hoy caracteriza a la religión judía. Los creyentes “partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” (Hechos 2,46). La alegría debió ser también rasgo propio de la oración cristiana, si bien en este caso los cristianos mantenían el tono alto, casi vociferante, de la recitación de la plegaria en la sinagoga. La misma oración del Padrenuestro no se susurraba, sino que se gritaba en un clamor ferviente (Romanos 8,15: “clamamos «¡Abba, Padre!”), clamor que respondía al clamor del Espíritu de Jesús en nuestros corazones gritando «¡Abba, Padre!” (Gálatas 4,6).

Exteriormente la comunidad siguió una forma de integración extrema al “tenerlo todo en común” (Hechos 2,44). De esta forma se hacía realidad que “el grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común” (Hechos 4,32). Que en la práctica las cosas no funcionaron tan lisamente lo demuestra la necesidad de confiar la distribución a personas “de buena fama, llenos de espíritu y sabiduría” (Hechos 6,3). La organización en comunidades de vida y de bienes no era una novedad en el siglo I d.C., pues era la forma de vida de la comunidad de Qumran y de algunas comunidades esenias esparcidas por las aldeas palestinas y sirias.

Es probable que la comunidad de vida y bienes entre los cristianos no llegara tan lejos. La entrega de bienes para el sustento de la comunidad fue resultado de una decisión libre. Por eso se destaca, como digno de mención, a quien, como Bernabé, decidió vender sus tierras y entregar el precio pagado a los apóstoles (Hechos 4,37). El “comunismo” de la comunidad primitiva se orientó a resolver la necesidad de los miembros más pobres. No fue un estilo de vida hecho para durar, pues lo conseguido por las ventas de las propiedades libremente puestas a disposición del grupo se consumía rápidamente sin un plan de constitución de fondos para el futuro. Quizá una de las razones del empobrecimiento de las comunidades cristianas en Palestina fue precisamente el echar mano de los recursos aportados por los nuevos convertidos para tapan las necesidades de los pobres. San Pablo tendrá que dedicar muchos párrafos de sus cartas al tema espinoso de la colecta en favor de las comunidades más pobres de Judea. Si la comunidad plena de

bienes se hubiera mantenido como ideal cristiano, no hubiera sido precisa tan abundante retórica.

Sí se conservó incluso con más pujanza fuera de Judea la convivialidad abierta como rasgo distintivo de la Iglesia cristiana. “La fracción del pan”, “por las casas” (Hechos 2,42-46), se refiere generalmente a la celebración que recordaba la Cena de Jesús con sus discípulos antes de la pasión. Es el sentido que tiene también el término “comuniión”, *κοινωνία*, en las cartas paulinas.

Pero “partir el pan por las casas” hace referencia también a la costumbre de puertas abiertas que caracterizó la práctica cristiana al difundir el evangelio fuera del ámbito estricto judío. San Lucas es el evangelista que más ha insistido en la convivialidad abierta a judíos y gentiles. Como el punto de las peculiaridades alimenticias es uno de los que marcan más la existencia judía, se ha deducido que el no dar valor a las prescripciones dietéticas era la mejor señal de que para Lucas la ley mosaica había perdido su relevancia. Y, sin embargo, quizá haya que deducir una conclusión distinta. La insistencia en presentar una convivialidad abierta como norma autorizada por la voz divina, superando las resistencias de la jerarquía apostólica (Hechos 10), y sancionada finalmente por la asamblea de Jerusalén (Hechos 15) demuestra que tanto el autor como los destinatarios de este evangelio estaban preocupados por el tema de la vigencia de la ley mosaica para los cristianos. No era, pues, un tema superado, sino un punto que seguía pesando en la conciencia de personas timoratas.

El último dato que indica el libro de los Hechos como característica de la comunidad cristiana es la perseverancia “en las oraciones”. La oración de los discípulos es mencionada repetidamente en el desarrollo de la vida y de la misión de la comunidad. Los discípulos “permanecían unánimes en la oración” preparando la venida del Espíritu (Hechos 1,14). Rezan para decidir sobre la elección de Matías (Hechos 1,24). La oración precede también el envío de Pablo a la misión (Hechos 13,3).

A pesar de las diferencias respecto del judaísmo, llama la atención el dato de que “Pedro y Juan solían subir al templo, a la oración de la hora de nona” (Hechos 3,1). Ésta era la oración de las tres de la tarde. El evangelio terminaba presentando a los apóstoles “siempre en el templo bendiciendo a Dios” (Lucas 24,53). Es verdad que el templo era entonces no solamente el lugar reservado para el culto, sino algo así como la plaza pública donde la gente se reunía para pasear y conversar con los amigos. Quizá esta presencia frecuente de los cristianos en el área del templo favoreció la tolerancia de las autoridades religiosas y también la conversión de muchos sacerdotes que “aceptaban la fe” (Hechos 6,7).